

AGUSTIN CODAZZI — (1793-1859)

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

Con motivo de cumplirse el 7 de febrero del presente año el primer centenario de la muerte de Codazzi, tres naciones: Italia, Colombia y Venezuela, por medio de sus organismos científicos, conmemoraron con diferentes actos y homenajes, esa dolorosa efemérides. Más que justa era esta recordación de su patria de origen, a la que el sabio ilustró con su nombre y también de parte de las otras dos, que él consideró como sus segundas patrias y que fueron beneficiadas con sus inapreciables servicios, como prócer de su independencia, como geógrafo y como propulsor de su progreso. Entre los actos de reconocimiento tributados a Codazzi con esta oportunidad, queremos destacar, como de los más efectivos en Colombia, la serie de publicaciones emprendida por el Banco de la República, en su Archivo de la Economía Nacional, sobre los trabajos de la Comisión Corográfica para enseñanza y memoria de la obra científica de mayores proporciones realizada hace justamente cien años.

Giovanni Battista Agostino Codazzi, según reza la partida de bautismo que traen sus biógrafos, nació el 10 de julio de 1793, en la entonces pequeña ciudad de Lugo, en la poética Romaña, al norte de los Estados Pontificios. Habiéndole tocado en suerte a Codazzi pasar su primera juventud en medio de un mundo convulsionado por las guerras napoleónicas, no pudo escapar de ser actor en ellas, como militar valeroso, al lado del amo de Europa y presenciar la fulgurante carrera del emperador hacia el dominio de un mundo estremecido a su paso de triunfador y su caída melancólica en la épica jornada de Waterloo. Gran desconcierto debió producir en un alma sensible como la de Codazzi una tragedia en que se conjugaron la grandeza y la miseria humanas y desencantado de este teatro colmado de ruinas y ambiciones, volvió sus ojos a América. Y aquí llegó y continuó siendo lo que había sido en la epopeya napo-

leónica, ingeniero militar, porque ya esta condición estaba dentro de la modalidad de su vida y tenía que recorrer un escalafón que principio como oficial de artillería, hasta llegar al grado de general de la Nueva Granada y ser el ingeniero geógrafo por excelencia de estas desconocidas regiones.

Su primer contacto con la nueva tierra, tierra de promisión para sus ambiciones intelectuales, caía a la sazón con otro mundo levantado en armas contra su metrópoli. Estaba en juego entonces en este lado del mar océano, una lucha magna por la libertad de más de medio continente. Codazzi aceptó de buen grado participar en esta otra epopeya y dio comienzo a su nueva vida como marino, en el mar Caribe, al lado de corsarios ambiciosos e indomables que contribuían a su modo, al lado de los criollos americanos, en la peligrosa tarea de emancipar las colonias españolas. En ella, la conducta de Codazzi fue ejemplar: desempeñó comisiones arriesgadas; tomó a viva fuerza islas y fortalezas; contribuyó con su esfuerzo a conquistar por las armas, definitivamente, para la futura Colombia, el hermoso Archipiélago de San Andrés y Providencia; recorrió, en viajes inverosímiles, las tierras bravas del Chocó y las ásperas quiebras de los Andes para ponerse en contacto con los libertadores del altiplano y seguramente en esas andanzas se encariñó más con este suelo que más tarde había de recorrer palmo a palmo para hacerlo conocer en su estructura física, en sus bellezas naturales y en sus grandes posibilidades de progreso; trató con los grandes hombres de la época, Bolívar, Santander, Páez, Brión, Cortés Madarriaga, Gual, Restrepo, Mosquera, hasta llegar a formar en el séquito del Libertador; continuó la lucha al lado de ellos, hasta ver su nombre colocado en la lista de los libertadores de la patria, hasta recibir el último homenaje en el Panteón Nacional de Caracas. Así se identificó por su valor, sus capacidades militares y sus excepcionales condiciones de hombre útil, con los mejores de su época en las tierras nuevas en que él vino a buscar aventuras y donde encontró un campo inmenso para su curiosidad intelectual.

Porque no era únicamente la gloria militar lo que su espíritu cultivado en las disciplinas científicas buscaba en este mundo poco menos que desconocido en Europa. Terminada la magna contienda; constituídas naciones libres donde antes existían Virreinos y Capitanías Generales, lo primero en que pensó fue en dotar a su nueva patria, Venezuela, donde había for-

mado su hogar, de una carta geográfica que era necesaria de toda necesidad para saber qué configuración tenía en realidad, y cuáles eran sus recursos y sus posibilidades para el futuro. Y lo consiguió en largos ocho años de tesonera labor de investigación. Excelente labor que fue loada por Humboldt, Bous-singault y Arago, las autoridades mundiales más conceptuadas de la hora. Pero no creía completa su obra: para tan vastos territorios que exploró en sus viajes, le pareció insuficiente una población de menos de un millón de habitantes que él calculaba después de las luchas de la emancipación. Había que explotar, por medio de la inmigración europea, este país de tan grandes reservas y para ello ideó planes de colonización, que en un primer ensayo en América Hispana, con familias alemanas, se llevó a cabo en la "Colonia Tobar". No estaba, empero, en su voluntad, sino en otras fuerzas del ambiente y de la época el éxito definitivo de sus iniciativas. Esas fuerzas desorbitadas aun por el colapso de las guerras y de las ambiciones del caudillaje, dieron al traste con sus anhelos de progreso de colonizador y luego como gobernante del estado de Barinas y lo empujaron a otra patria, a la Nueva Granada que él conocía y amaba, y donde fue recibido con los brazos abiertos por hombres como Manuel Ancízar, Joaquín Acosta y especialmente por el general Tomás C. de Mosquera que lo deseaba para poner en práctica grandes proyectos de su primera fecunda administración presidencial, sobre el futuro canal de Panamá y la mensura del país de acuerdo con la Ley de 15 de mayo de 1839. También aquí hacía falta en forma clamorosa un mapa del territorio y la descripción detallada de su movimiento demográfico y de producción, sus fuentes de riqueza y condiciones físicas del suelo. Obra inmensa, superior a la que había realizado en Venezuela, pero que no lo arredraba y aceptó del gobierno del general José Hilario López, con la voluntad pronta de hacer obra grande, como en efecto la realizó como Jefe de la Comisión Corográfica.

Cerca de diez años, colmados de sacrificios en el esfuerzo titánico de recorrer el país por todos sus flancos, empleó este hombre prodigioso para dar cima a su gigantesca tarea, pero cuando estaba a la vista de su último objetivo, la Sierra Nevada, cayó abrumado por las enfermedades adquiridas en climas malsanos, por las privaciones y las fatigas de años de viajes, en medio de una naturaleza abrupta, en una aldehuela del Departamento del Magdalena, que hoy, a justo título, se honra con

su nombre. Así tenía que terminar un hombre de su estirpe que se había dado por entero a estas tierras de América, bajo una tienda de campaña, con los instrumentos de ingeniero en las manos y al andar la última etapa que había de coronar su obra.

Vida ejemplar fue la suya y digna de ponerse como ejemplo a todas las generaciones. El país lamentó su desaparición como una verdadera pérdida nacional, por que, como dijo uno de sus contemporáneos: “si era fácil encontrar otro hombre tan entendido como él en materias geográficas, no era hallarlo tan laborioso, tan infatigable, tan sereno en los peligros del desierto, tan habituado a vivir en las selvas y en los bosques, ni tan amigo de esa naturaleza primitiva e ingrata que acabó al fin con su organización de hierro”. Su obra será perdurable; muchas de sus apreciaciones científicas, como la ruta definitiva del Canal de Panamá, el significado esotérico de la cultura agustiniana, las modalidades de colonización en el trópico para la inmigración extranjera y la contextura de las cordilleras, se estiman hoy, con un siglo de experiencia, como aportes de mucha significación en problemas en que no se ha andado más de lo que él dijo con intuición de verdadero sabio.

Bogotá, febrero de 1959.